

LECCIÓN 44.^a ¿COMO INTERPRETA EL NUEVO TESTAMENTO LAS PROFECÍAS DEL ANTIGUO?

1. Los autores humanos del Nuevo Testamento aplican a la Iglesia las profecías del Antiguo Testamento

El dispensacionista suele echar en cara a quienes no comparten sus puntos de vista que los demás no prestan suficiente atención a las profecías del Antiguo Testamento. Pero ¿no será más bien que nuestros queridos hermanos, de tanto leer las notas de la Biblia Scofield, han acabado por no darse cuenta de cómo el Nuevo Testamento interpreta la profecía veterotestamentaria?

Los autores del Nuevo Testamento usaron las profecías que los dispensacionistas aplican a Israel, para referirlas a la Iglesia.

Por de pronto. Romanos 11 parece indicar que los dos pueblos —el antiguo Israel y la moderna Iglesia— constituyen de hecho un solo pueblo de Dios. ¿No es uno solo el olivo de donde toman la savia vital tanto los creyentes del antiguo pacto como los del nuevo? ¿No son ambos beneficiarios de la misma preciosa sangre redentora del único Salvador? ¿No nacen los dos del mismo Espíritu Santo? ¿A quién sino a la Iglesia señalarán los profetas del Antiguo Testamento?

Scofield sostiene que la Iglesia es un misterio que pertenece sola y exclusivamente a la revelación novotestamentaria y que, por lo tanto, se hallaba escondido de los profetas. Estos, que tan claramente describieron la persona y los oficios del Mesías prometido, no habrían dicho nada, absolutamente nada, del fenómeno complementario e inseparable de las realidades mesiánicas: el progreso y extensión de la Iglesia, que constituye lo que Isaías denomina «el trabajo de su alma» (de Cristo, se entiende Is. 53:10, 11) y «linaje» que el Salvador verá y quedar satisfecho.

Según el esquema dispensacional, al rechazar los judíos el Reino que se les venía a ofrecer, dicha oferta fue retirada, y el Reino fue aplazado hasta la segunda venida. Durante el intervalo entre la primera y la segunda venida de Cristo establece su Iglesia —el gran paréntesis—, que no tiene nada que ver con las profecías del Antiguo Testamento, puesto que se trata de algo completamente nuevo y totalmente desconocido de los profetas de Israel. Este paréntesis está durando ya casi dos mil años, periodo muy considerable, pero del que, según Scofield, el Antiguo Testamento no se ocupó jamás ni dejó una sola palabra. H. A. Ironside, en buena lógica dispensacional, afirmó que «el reloj profético se paró en el Calvario. Ni un solo tic-tac se ha oído desde entonces».

Sin embargo, y con el debido respeto a cuantos hermanos siguen fielmente las enseñanzas de Scofield, tenemos que confesar que nos cuesta aceptar la aseveración de que el Antiguo Testamento no habló jamás de la Iglesia de Cristo, puesto que el Nuevo Testamento está lleno de pasajes en los que se afirma, inequívocamente, que el llamamiento del Evangelio a judíos y a gentiles es el cumplimiento de las profecías de antaño. Por ejemplo, en Romanos 1, al comienzo mismo de la epístola, el apóstol afirma: «Pablo, siervo de Jesucristo..., apartado para el Evangelio de Dios que él había prometido antes por sus profetas en las Santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo..., por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia de la fe en todas las naciones por amor de su nombre: entre las cuales estáis también vosotros (romanos, gentiles), llamados a ser de Jesucristo; a todos los que estáis en Roma...» (Rom- 1:1-7). La bendición que por el Evangelio llega a los romanos, queda conectada con la Escritura del Antiguo Testamento, que ya lo había anunciado. De igual modo, en Romanos 9:24-26 Pablo sostiene que el llamamiento hecho a judíos y a gentiles en la Iglesia Cristiana es, plena y totalmente, el cumplimiento de lo profetizado por Oseas. Y en Romanos 10 la larga sección de citas proféticas que emplea el apóstol para desarrollar la doctrina evangélica conduce a la misma conclusión.

En Hechos 26:22 Pablo asegura que lo que él predica no es sino lo que fue predicho por los santos del Antiguo Testamento, «no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés

dijeron que habían de suceder». En el mismo libro de Hechos, Pedro establece que la profecía de Joel halla cumplimiento en estos tiempos de la nueva dispensación (Hech. 2:16 y ss.: «Esto es lo dicho por el profeta Joel...»). De modo que, pese a lo que en contra afirmó Ironside, y otros con él, el reloj profético siguió funcionando después del Calvario.

«No había Iglesia en el Antiguo Testamento», aseveran una y otra vez los dispensacionalistas.

«Los profetas del Antiguo Testamento desconocían totalmente la Iglesia del Nuevo», añaden con igual insistencia. Sin embargo, Esteban habló de una Iglesia (Ekklesia) en tiempos de Moisés (Hech. 7:38), y Pablo predica que tanto judíos como gentiles nos alimentamos de una misma savia y formamos un solo olivo.

2. El «misterio oculto desde tiempos eternos»

Cuando Pablo escribe (Ef. 3:5, 6) acerca del «misterio que en otras generaciones no se dio a conocer, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo», el apóstol no quiere decir que dicho «misterio» fuese absolutamente ignorado o desconocido en el pasado, sino más bien que no fue conocido tan clara y totalmente como lo es ahora. Que es así, lo prueba la misma Escritura, el Nuevo Testamento, por pluma del mismo apóstol Pablo; «Y al que puede confirmaros según mi Evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora y que por ios Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para obediencia de la fe, al único y sabio Dios sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén» (Rom. 16:25-27. Cf. Rom. 1:1-7; 10:11).

Pablo, además, se refiere en sus escritos a «la simiente de Abraham», y la identifica, no con un pueblo y una raza determinados, sino con la simiente espiritual de la fe (Rom. 4). Es la manera como el apóstol de los gentiles contempla las profecías veterotestamentarias. En Gálatas 3 proclama que la profecía del Antiguo Testamento tocante a Abraham se cumple ahora, cuando Dios justifica a los gentiles por medio de la fe. A la luz de estas afirmaciones, no podemos seguir a los que declaran que el Antiguo Testamento guardó absoluto silencio acerca de la Iglesia del Nuevo Testamento. Tampoco nos vemos capaces de seguirles cuando sostienen que el reloj profético se halla parado en todo el período que arranca de la cruz del Calvario y que cubre la época de la extensión de la Iglesia por todo el mundo.

Un texto muy importante para la presente discusión es el que hallamos en Hechos 15:13-18. Ciertos cristianos hebreos atacan a Pablo porque admite a los Creyentes gentiles en la Iglesia. Se reúne un gran concilio en Jerusalén para tratar de esta cuestión específica. Pedro y Pablo se hallan presentes y Santiago asume las funciones de la presidencia en calidad de anciano más destacado de la asamblea de Jerusalén. Este mismo Santiago, judío hasta los huesos, «hebreo de hebreos» si los hubo jamás, apoya la posición de Pablo arguyendo que la misma no es algo nuevo, sino que del mismo modo se había conducido Pedro mucho antes, siguiendo órdenes celestiales, conforme el mismo Pedro había confesado. Más aún, según Santiago, esta actitud no representaba una alteración en el plan divino —no se trataba de un paréntesis imprevisto—, sino que formaba parte de los planes originales de Dios desde el principio, tal como fue predicho por los profetas. Tanto es así, que Santiago procede entonces a citar al profeta Amos: «Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto, volveré y reedificare el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas...» Con estas citas Santiago enseña que la reconstrucción del tabernáculo de David se cumple ahora en términos espirituales, al visitar Dios a los gentiles y al tomar de entre ellos un pueblo que invoque su nombre. Esta incorporación de los paganos conversos significa a los ojos del Altísimo la reedificación del tabernáculo, la reparación de sus ruinas y el futuro esplendor profetizado, de modo que la Iglesia no es más que el antiguo pueblo del pacto antiguo, reedificado y levantado de su postración.

Observemos atentamente que el tema a debate en el concilio de Jerusalén era la recepción de los gentiles en la Iglesia, y que Santiago cita al profeta Amos, no para declarar que este «llamamiento a los gentiles se halla en armonía con las promesas hechas a Israel (futuro)»,

como sugiere la Biblia Scofield.⁵³ sino para señalar que el antiguo profeta había dicho algo que tenía cumplimiento justamente en los días en que se celebraba la asamblea de Jerusalén.

¡Cuan sin sentido nos parece tratar de argumentar —a la manera de Scofield y del dispensacionalismo en general— que los gentiles a los que se refiere Santiago cuando cita a Amos no son los gentiles de entonces, los contemporáneos de Santiago, sino los judíos que vivirán en los tiempos del milenio! Suponiendo que los tiempos del milenio estuvieran próximos a nosotros, resultaría que Santiago habría defendido a Pablo y a sus conversos gentiles mediante una alusión a las condiciones vigentes dos mil años después. Nuestros amados hermanos dispensacionalistas olvidan que Santiago no estaba discutiendo ninguna carta profética en el concilio de Jerusalén. Se hallaban enfrascados en un problema urgente e inmediato: ¿entraban o no, en igualdad de condiciones, los gentiles en la Iglesia? Al citar al profeta Amos y sus palabras relativas a la reconstrucción del tabernáculo de David, Santiago no hace sino aplicar a «la plenitud de los tiempos», que llega con Cristo y sus apóstoles, el cumplimiento de cuanto fue dicho antaño sobre la recepción de gentiles en el pueblo de Dios. Esta recepción queda justificada porque se hallaba ya profetizada, y la cita de Amos es una prueba que refrenda su cumplimiento en las labores apostólicas de Pedro y de Pablo. Por lo tanto, en opinión de los apóstoles y de la primitiva Iglesia, el tabernáculo de David se ha convertido en el templo vivo de la Iglesia del Nuevo Testamento.⁵⁴

En la carta a los Hebreos (caps. 8 y 10), el escritor sagrado enseña que el nuevo pacto (el del Nuevo Testamento) es el cumplimiento de estas palabras de Jeremías:

«He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto» (Heb. 8:8). Israel y Judá constituyen ahora el Israel de Dios. Las promesas hechas a los judíos del Antiguo Testamento tenían valor y vigencia para la Iglesia del Nuevo Testamento; de otra manera, ¿cómo podría aducirse este texto de Jeremías 31. dirigido a las casas de Israel y de Judá y aplicado aquí a la Iglesia?

Antiguamente, en algunas versiones de la Biblia (por ejemplo la AV inglesa), los subtítulos aplicados a ciertas divisiones del texto sagrado decían así:

Isaías 30; Las misericordias de Dios para con su Iglesia

- » 34: Dios vindica a su Iglesia
- » 43: Dios consuela a su Iglesia
- » 44: Las promesas de Dios a su Iglesia
- » 45: Ciro es llamado por amor a la Iglesia
- » 50: La amplia restauración de la Iglesia
- » 64; La oración de la Iglesia

A la luz de cuanto llevamos estudiado, ¿cree el estudiante que dichos subtítulos eran tan erróneos como afirmaron los dispensacionalistas?

El mismo Salvador se refirió al Antiguo Testamento y a sus profecías sobre la venida de Elias, asegurando a sus oyentes que «Elias ha venido» (en la persona del Bautista, Mar. 9:12, 13). Sin embargo, no basta para algunos dispensacionalistas; los hay que todavía sostienen que Elias ha de venir, por supuesto, no pretendemos ser más persuasivos que el mismo Señor.

¿Qué profetizó Zacarías en 9:9-10? Mateo contesta que en dicho pasaje se describe por anticipado la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (Mat. 21). Pero la Biblia de Scofield interpreta dicha entrada como la oferta que Cristo hizo a los judíos de ser proclamado su rey. oferta que fue rechazada. Es decir, el Señor fue manifestado como Rey, pero al ser rechazado por los suyos no ejerció su realeza! Esta es la interpretación dispensacionalista clásica. No obstante, tanto Zacarías como Mateo declaran que Jesús vino como Rey: no es que presentara una oferta para ser proclamado: El era ya Rey. Algunos literalistas extremos afirman que dicha

entrada narrada en Zacarías no corresponde a la de Mateo y esperan que se cumpla en el futuro, puesto que no discernen en el relato evangélico los emblemas reales que sugiere Zacarías. Para Mateo, sin embargo, el cumplimiento en los días de la primera venida es algo obvio.

En Hechos 2:30, 31, Pedro dice de David: «Siendo profeta y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción.» De acuerdo con Pedro, no tenemos que esperar hasta el milenio para tener a Cristo sentado en el trono de David; tomó dicho lugar al resucitar. Esto halla confirmación en muchos otros textos que hablan de Cristo como Rey que, ya ahora, ejerce la realeza (1.^a Cor. 15:25), posee todo poder en el cielo y en la tierra (Mat. 28:18) y tiene todas las cosas debajo de sus pies (Ef. 1:22). La objeción de que nuestros ojos no le ven todavía revestido de su dignidad regia con el cetro que gobierna el Universo no es válida. ¿No contemplamos con los ojos de la fe al que es nuestro gr.p.n Sumo Sacerdote, que intercede por nosotros a la diestra del Padre? ¿Por qué no podemos ver también con los mismos ojos al Rey? «Andamos por fe, no por vista.»

3. ¿Un reino futuro para los judíos?

Esta perspectiva novotestamentaria de las profecías del Antiguo Testamento cumplidas en la dispensación cristiana es lo que mueve a los creyentes de interpretación amilenial —aun a otros que sin ser amileniales no pueden aceptar las tesis dispensacionistas— a negar la perspectiva de un futuro reino judío como cumplimiento de las antiguas profecías. Alegan estos hermanos que el Nuevo Testamento no hace afirmaciones explícitas sobre el particular. Sólo la Biblia de Scofield las formula, pero ¡en las notas al pie del texto!

El Nuevo Testamento se ocupa de los judíos. Razón de más para extrañarse del silencio que guarda respecto a un futuro reino en que los judíos, teniendo a Cristo como Rey en Jerusalén, reinarán sobre todas las demás naciones. Pablo se ocupa, y se preocupa, de la suerte de su pueblo; y ¿cómo no dice nada acerca de dicho glorioso imperio de los de su raza? Al contrario, el apóstol había comprobado que sus hermanos de sangre, los judíos, hallaban en el Evangelio un doble tropezadero: 1) la cruz (1.^a Cor. 1:23); 2) la inclusión de los gentiles en el pueblo de Dios (Hech. 22:21), ¿Por qué no los calmaba hablándoles de las perspectivas futuras que tenían como nación? Si las antiguas glorias de Israel debían ser resucitadas bajo el liderazgo personal de Jesucristo sentado en el trono de Jerusalén, la cabeza de un Imperio mundial absoluto, Pablo se hubiese apresurado a asegurar a los judíos que no sólo había una cruz en el horizonte, sino una corona también; que sólo era cuestión de tiempo, que bastaba tener paciencia y esperanza hasta que llegase el gran reino judío con el gran Rey. Así, las piedras de tropiezo con que topaban los hebreos habrían podido ser saltadas sin dificultad. Pero el apóstol no explicó nada de esto. Por el contrario, afirmó que el muro de separación entre judíos y gentiles había desaparecido definitivamente, sin esperanzas de que volviera a levantarse. Ahora, judíos y gentiles son uno en Cristo. Los escritores del Nuevo Testamento no aluden jamás a Cristo como Soberano terrenal reinando en la Jerusalén terrena como metrópolis mundial y sentado en un trono secular; todos ellos afirman, con énfasis, que Cristo es Rey ya ahora, si bien su plena manifestación aguarda para el último día. Ahora, Cristo reina en la Sion celestial, contrapartida constante, según los escritos novo testamentarios, de la Jerusalén terrenal.

En los escritos del máximo campeón moderno del dispensacionalismo, L. S. Chafer, encontramos la enseñanza de que, después de esta era del Evangelio, habrá una «reunión de Israel y la restauración del judaísmo»; también nos asegura el mismo autor que hay dos pueblos de Dios (con sus respectivos caminos de salvación distintos): «un pueblo terreno, que se dirige como tal a la eternidad, y un pueblo celestial, que permanecerá siempre fiel a su vocación celestial». Es decir, Dios tendrá dos pueblos distintos en la eternidad, uno terrenal y otro celestial. Para algunos, tal vez esto represente la culminación perfecta y lógica del literalismo dispensacional. Sin embargo, aparte de los dispensacionistas, muy pocos cristianos compartirán semejante punto de vista.

El literalismo que trata de enfatizar continuamente un tipo de exégesis que refiera a un Israel en

la carne las profecías del Antiguo Testamento, acaba, a la larga, por contradecir la dimensión universal y espiritual que hallamos constantemente en el Nuevo Testamento. En efecto, el Nuevo Testamento aplica las promesas veterotestamentarias a la simiente espiritual de Abraham, al Israel de Dios, no al carnal o racial.

El Nuevo Testamento subraya que no es judío el que lo es en lo exterior (Rom. 2:28, 29), que no es Israel el que se llama tal (Rom. 9:6), que los creyentes en Cristo son los verdaderos herederos de Abraham (Gal. 3:29), que la bendición de Abraham ha venido a recaer ahora sobre los gentiles (Gal. 3:14), y que no puede ya haber más judío o gentil, dado que «todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal. 3:28). Los literalistas que esperan todavía que Cristo tome su sitio sobre el trono de David en Jerusalén, son inconsistentes con el anuncio de Pedro de que el Mesías ha tomado ya posesión de su trono, el trono de David en su dimensión más profunda, a partir del momento mismo de su Ascensión. El literalismo que espera la restauración del templo de Jerusalén, al que habrán de acudir todas las naciones para adorar y llevar sacrificios que hagan expiación por los pecados, no parece tener en cuenta la enseñanza de la epístola a los Hebreos, cuando afirma que tales sacrificios y ritos mosaicos han sido quitados para siempre (Heb. 10:8, 9). «Al decir nuevo pacto, ha dado por viejo el primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer» (Heb. 8:13).

4. ¿En qué sentido quedan todavía proferías por cumplir?

Un buen número de profecías del Antiguo Testamento se cumplieron ya al pie de la letra; otras, muy numerosas también, iban revestidas de un lenguaje figurativo que insinuaba un significado trascendente. Y así se vio al hallar su cumplimiento. Así también se verá cuando se cumplan las que esperan todavía. El Nuevo Testamento declara que encontrarán su sentido profundo y pleno —total y, en cierta medida, al pie de la letra—, pero espiritual.

Lo importante está claro; algunos detalles se nos escapan, y sólo cuando se cumplan las cosas que quedan por cumplir, comprenderemos entonces muchos matices todavía oscuros ahora. Así sucedió en la primera venida de Cristo; y así se repetirá en la segunda. Recordemos que fue un exceso de literalismo mal entendido lo que condujo al rechazo del Mesías por parte de los judíos. Fue, asimismo, un torpe literalismo lo que impidió en varias ocasiones a los discípulos el comprender la enseñanza de Jesús. Por ejemplo, cuando les dijo: «guardaos de la levadura de los fariseos», que ellos entendieron como un reproche por no traer pan. Fue también un exceso de literalismo lo que condujo a las multitudes a malentender la referencia que Jesús hizo a su muerte expiatoria, en términos de dar su «carne y sangre» por la humanidad. «¿Cómo puede éste darnos su carne para comer?», dijeron en su ignorante reacción.

No es que estemos vindicando tampoco una escuela alegórica (como, por ejemplo, la antigua de Alejandría, que veía símbolos de realidades espirituales hasta en el asno de la entrada en Jerusalén) que lo entienda todo en sentido espiritual. En cierta medida, abogamos por el literalismo lógico; es decir, por dar al texto la interpretación que el mismo texto exige, de acuerdo con los distintos géneros literarios. Y, sobre todo, a la luz de la hermenéutica que el mismo Nuevo Testamento aconseja. Así, el uso que de la profecía del Antiguo Testamento hace el Nuevo, nos lleva a dar un significado amplio y espiritual a promesas que, en apariencia, podría parecer que sólo tenían que ver con los judíos. Los varios géneros literarios —prosa, ensayo, historia, poesía, profecía, etc.— son un indicio en sí mismos de la exégesis que conviene adoptar. Resulta, pues, del todo absurdo el tratar pasajes históricos alegóricamente, y textos apocalípticos literalmente. Tanto en un caso como en el otro, se nos transmiten verdades, pero el distinto ropaje de las secciones requiere un tratamiento interpretativo y un discernimiento diferentes para captar la verdad que encierran.

Por ejemplo, el capítulo 11 de Isaías —y esto concierne al tema general de esta lección— termina con una maravillosa visión de los exiliados, que vuelven gozosos de la esclavitud a la patria; es el remanente fiel, vindicado, que responde al llamamiento de Aquel que es «vara del tronco de Isaí» (Is. 11:1) y también «raíz de Isaí» (11:10). Esta doble referencia nos da la clave para interpretar el cumplimiento último de este pasaje. En los capítulos finales de Apocalipsis este texto aparece en labios de Jesús, el Señor resucitado, ascendido y glorioso, cuando

vuelve en su segunda venida (Apoc. 22:16). El retorno literal de los cautivos en Babilonia no fue más que un cumplimiento menor, parcial, que presagiaba el final y total.

El remanente fiel entona este capítulo 11 de Isaías como Un Cántico de Salvación, que expresa perfectamente bien el sentir de cualquier redimido del Señor, en cualquier época.

De manera semejante, Pablo ve el cumplimiento de la profecía de Isaías 25 en el Cristo resucitado y en las consecuencias que su obra redentora tendrá para todos los redimidos (1.ª Cor. 15:54). De la misma opinión es el apóstol Juan, según lo relata en Apocalipsis 21:4. El Señor Jesucristo mismo contempló la participación de todos los suyos en el festín que se describe en el versículo 6 (según Mat. 26:29). Si Jesús, y dos de sus apóstoles, nos ofrecen esta interpretación, ¿cómo podremos buscar en otra parte lo que no es más que escatología-ficción?

La Jerusalén terrena es prototipo de la ciudad celestial, en la que la promesa de Isaías 25:8 hallará cumplimiento total (Apoc. 21:4, 25), pues en la Jerusalén de arriba las puertas están siempre abiertas.

Por su parte, el autor de la carta a los Hebreos (2:13) afirma que Isaías 8:18 halló cumplimiento en Cristo y en su Iglesia. ¿No es suficiente indicio para nosotros de cómo debemos interpretar y aplicar estos pasajes del Antiguo Testamento?

La expresión «He aquí, Yo y los hijos que me dio Jehová...», ¿no es una clara alusión —y premonición— del Cuerpo de Cristo, la Iglesia?

Notas:

53. Nota 1 a Hechos 15:13.

54. Véase Edmund P. Clowney, *Le Temple Définitif*. en la *«w Kéjormée. a.»* 100. 1974.